

## I

En multitud de ocasiones Rocío, mi madre, me decía que mi nacimiento tuvo lugar un día de tormenta del mes de septiembre —el día 6—, y que en el preciso instante que asomaba la cabeza caía un rayo sobre el pararrayos del tejado del hospital. Al principio no le hacía demasiado caso porque pensaba que era fruto de su imaginación en el transcurso del parto. Aun así, durante años fue tan insistente que al final me creí su versión. Es más, me comentaba que las gotas de lluvia caídas del cielo eran lágrimas de felicidad de los ángeles, y que los rayos eran sus aplausos: cuanto más fuertes mayor era su alegría. Según su teoría, esa peculiaridad me convertía en un ser especial para el resto de mis días.

Mi madre ingresaba en el centro hospitalario cinco minutos antes de las cinco de la tarde. El cielo estaba poblado de nubes que presagiaban lluvias. Estaba muy asustada porque se enfrentaba por primera vez a un alumbramiento. Había cumplido la treintena y desde hacía tiempo sus padres la atosigaban sobre la maternidad. Lo cierto es que los esponsales fueron acordados con premura y por ello mis padres no pudieron conocerse como es debido. El amor no existía en esa relación. (Estaba convencido de que, si hubiese habido un período previo de noviazgo, mi madre hubiese roto el compromiso desde el primer momento). Tobías, mi padre, era cuatro años mayor que ella. Era una persona bastante peculiar, más interesada en sus propios intereses —mayormente negocios poco recomendables— que en formar una familia y ganarse el sustento para su manutención. Tenía un carácter desabrido que fue afianzándose en el transcurso de los años, hasta el punto de rayar la locura. Mi madre era todo lo contrario, su amabilidad desbordante a veces desencadenaba en una dulzura patética. Entraba en el paritorio acompañada por dos enfermeras, cuya función consistía en tranquilizarla antes de iniciar el parto. Mi padre no quiso entrar porque prefería permanecer ajeno al milagro de la vida. Al igual que el anestesista, vestido con la insulsa bata verde, gorro y mascarilla blanca, el médico controlaba si todo estaba en orden para llevar a cabo el proceso de alumbramiento.

Durante la primera media hora el parto seguía su curso natural: contracciones, respiraciones controladas, empujes intermitentes, gritos de dolor y llantos de alegría. La preocupación surgió superada la hora y media. Me resistía a salir del útero y mi madre empezaba a mostrar cansancio. Todos los profesionales presentes en la sala procuraban solucionar el problema, pero lo único que hacían era calmar a la parturienta y seguir con el proceso. Mi padre aún permanecía en el pasillo del hospital, a veces sentado y a veces se levantaba para caminar en círculos.

—Señor, tranquilícese —Un hombre, más joven que mi padre y de aspecto bonachón, intentaba apaciguar su nerviosismo—. No se preocupe, en estos casos se sabe cuándo se entra, pero no cuándo se sale. Cállese.

—¡Quién es usted para inmiscuirse en mis asuntos personales! —dijo mi padre con actitud desafiante—. ¡No estoy para nada alterado, lo que estoy es hastiado por permanecer aquí! ¡La llegada de un hijo que no deseo en absoluto!

—¿Cómo puede decir eso?! ¡Por Dios! —El hombre, que acariciaba su fino bigote, mostraba su asombro—. ¡Será padre! ¿No le hace ilusión?

—¡Ninguna! —Hizo ademán de no querer seguir con la conversación.

A pesar de la indiferencia que sentía mi padre por su paternidad, preguntó por la evolución del alumbramiento a una enfermera que había salido del paritorio. Suspiró después de escuchar sus explicaciones y salió del hospital para fumar. No era el único hombre que estaba en la puerta de entrada del recinto, pero a diferencia de él los restantes padres sí mostraban preocupación por sus esposas. Entre ellos reinaba el silencio, se hallaban demasiado ocupados en sus propias cavilaciones.

Algunos estaban cabizbajos y otros dirigían su mirada al cielo. Llovía con inusitada intensidad y los rayos asustaban a un reducido grupo de palomas cobijadas en el soportal. Al terminar el cigarrillo mi padre regresó al pasillo. Tras mesarse el cabello de tonos castaños se sentó en una de las sillas ubicadas a ambos lados. No tenía interés en iniciar una conversación y nadie quería discutir con él para no salir esquilado.

En el paritorio mi madre seguía luchando a favor de la naturaleza. Transcurridas tres horas y media por fin surgí al exterior —con restos de sangre y viscosidad— de la oscuridad protectora de su cuerpo, en el instante que se oía un rayo y el cielo se iluminaba. (¡Pues sí, mi madre tenía razón!). Después de realizarme el oportuno reconocimiento físico, comprobar que mi visión era idónea y escuchar mi llanto provocado por una palmada en la nalga, una enfermera me puso en brazos de mi madre. (No lo recuerdo, pero supongo que su alegría desbordante fue la protagonista, además de la sensación de calidez que emanaba de su debilitado cuerpo). Otra sanitaria fue en busca de mi padre para decirle que su niño era sano. Al verme hizo una mueca extraña, miró a su esposa y salió de nuevo al pasillo. Los profesionales médicos observaron a mi madre e hicieron gestos de incredulidad. Ella les hizo saber que su conducta era normal, siempre actuaba de esa manera en cualquier situación. Cuatro días

más tarde una nueva familia abandonaba el hospital en dirección a su casa: una madre feliz, un padre falto de sentimiento y un bebé con una vida por cumplir.

Mi incorporación al seno familiar produjo ciertos cambios de hábitos en la vida de mis padres. Obviamente no podía ser de otro modo, aunque solo mi madre se ocupó de mí desde el primer día.

—Sé que durante los primeros meses, incluso los primeros años, mi responsabilidad es mayor que la tuya —A pesar de saber la respuesta, ella quería oírla en boca de él—. No obstante, para que esto salga bien necesito que te comprometas a educar a nuestro hijo.

—No quiero hacerme cargo de algo que yo no deseaba —Hacía gala de su innato temperamento—. A raíz de la insistencia de tus padres tú misma quisiste tener un hijo, yo solo fui el instrumento para quedarte embarazada. Nuestro matrimonio es una farsa: no hay amor entre nosotros y lo sabes.

—Vaya, Tobías. Ahora sé que solo tienes cualidades negativas, lo único que te salva es tu sinceridad, aunque sea para decir necedades y faltarme el respeto.

—Ahora te das cuenta... Rocío, creo que lo sabes desde hace tiempo. No te voy a mentir: nunca me has gustado y eso no va a cambiar. Accedí a casarme contigo porque estaba tan solo como tú y para aparentar una persona correcta de puertas afuera, y tener libertad de movimiento para mis propios asuntos. Lo único que voy a hacer es procurar nuestro sustento, pero jamás me cuestiones de dónde sale el dinero y la cantidad que te doy.

—Si es así como lo quieres —expuso mi madre, derrotada y cansada por la discusión—, que así sea.

Mi padre se desentendió de mí desde el principio, ni siquiera quiso cogerme en brazos. A las pocas horas de llegar a casa volvió a salir a la calle y regresó de madrugada. Esas salidas eran cada vez más frecuentes y duraderas. Algunas veces decía que era por motivos de trabajo y otras —su sinceridad era aplastante— para no vernos. Según me contó mi madre en una ocasión en esa época yo no paraba de llorar, en particular más de la cuenta en relación con el derroche de lágrimas normal para un bebé, si es que existía un derroche «normal». Lo que más le agradaba a mi madre era mi sonrisa inocente, le producía una felicidad indescriptible que le hacía ser más hermosa de lo que ya era. Me hacía arrumacos, cosquillas con los dedos y gestos graciosos para hacerme reír.

Los balbuceos, los arrullos, las primeras palabras sin apenas significado, el gateo y los primeros pasos fueron etapas dónde la felicidad emanaba por doquier. Mi madre se colocaba en un extremo del pasillo y yo gateaba hasta su posición. Avanzaba sonriente y decidido, con los ojos iluminados y la seguridad de llegar hasta sus brazos. Mis breves paseos por las distintas estancias de la casa se incrementaron cuando me puse en pie, no sin caerme en multitud de ocasiones. Durante esa época lo absorbía todo, como si fuese una esponja llena de agua. Quería repetir cualquier sonido o palabra que escuchaba. Deseaba saber cómo se llamaba un juguete u objeto y para qué servía; las distintas partes del cuerpo, los colores..., todo formaba parte de un aprendizaje que estaba dispuesto a aprovechar.

Desde bebé mi madre me leía cuentos sensoriales, en cuyas páginas aprendía texturas, formas y sonidos. A medida que crecía, esas obras sencillas se transformaron en historias de aventuras con personajes fantásticos y objetos parlantes. A los cinco años, una noche mi madre me condujo a la cama, me arropó y me besó en la frente. Antes de abandonar mi habitación le pedí que me leyera un cuento por enésima vez. Me agradaba oír su voz mientras leía en voz alta porque desprendía ternura y calidez. La luz que emanaba la lámpara de la mesita de noche perfilaba su rostro y su cabello negro, creando débiles sombras. Sentada en un extremo de la cama iniciaba la lectura y me enseñaba las viñetas dibujadas en algunas páginas. Sobre todo del protagonista: un niño de mi edad con quién me identificaba mucho, cuyo interés residía en coger una lupa y observar con más detalle lo que le rodeaba. Siempre iniciaba su peculiar investigación en su habitación, miraba con interés todos sus juguetes por si descubría alguna parte que aún no conocía. Abría cajones para averiguar su contenido, y leía las letras que formaban los nombres de los animales dibujados en unas cartulinas plastificadas. Mientras escuchaba a mi madre, mi imaginación actuaba con la ilusión de ser yo ese niño, y que lo que le pasaba en realidad me ocurría a mí. Pese a la necesidad de saber cómo terminaba el cuento, siempre me quedaba dormido antes de que mi madre finalizara la lectura. Cuando veía mis párpados bajados cerraba el libro con cuidado y de nuevo me besaba en la frente, apagaba la luz y salía de la habitación sin hacer ruido. Entonces, yo soñaba con los posibles finales que ofrecía la historia y elegía uno, que procuraba retener hasta el día siguiente, aunque siempre se me olvidaba. Por ello solicitaba a mi madre que me leyera otra vez el mismo cuento.

Mi madre no trabajaba fuera de casa, pero sí en el interior de sus cuatro paredes: no paraba quieta ni un instante. Además de cuidarme, pues mi padre seguía empeñado en desaparecer durante todo el día, se ocupaba de las labores domésticas: limpiar, planchar, cocinar, arreglar descosidos, etc. Su vida social era escasa y su círculo de amistades era reducido: vecinas del edificio, algunas mujeres que veía con frecuencia en el barrio y diversas madres cuyos hijos iban a la misma escuela que yo. Un día a la semana un pequeño grupo formado por cinco amigas venían a casa a la hora de merendar —café y pastas— con la intención de pasar un rato agradable. Yo las acompañaba camuflado entre las piernas de mi madre. En esos encuentros percibía el cambio que se producía en su comportamiento.

—Menos mal que existen momentos como este —Su débil carácter se transformaba en un exceso de energía. No solo por ser la anfitriona de esas charlas caseras, sino porque no cesaba en su empeño de desfogarse de su vida gris junto a su marido—. Mi vida es aburrida y sin afecto. En definitiva: una auténtica pesadilla.

—No digas eso Rocío —dijo Manuela. Conocía a mi madre desde hacía varios años por haber coincidido en algún rincón del barrio en varias ocasiones—. Tobías te quiere. Siempre que le veo me comenta lo mucho que te aprecia.

—Es cierto —Anna regentaba una tienda dónde mi madre solía comprar con asiduidad—. Lo mismo me dice a mí, quizá con otras palabras, pero el significado es idéntico.

Las otras tres amigas asentían sus afirmaciones. Las cinco conocían a mi padre y jamás habían sido testigos de una conducta errónea, o de alguna palabra malsonante por su parte. Le tenían en un pedestal. Por su experiencia estaban convencidas de que era un señor: elegante, educado y de trato agradable. Nada más lejos de la realidad, él no era así.

—No creáis todo lo que veis y todo lo que oís —Mi madre estaba segura de sí misma. Ella sí conocía el auténtico comportamiento de su esposo, lo vivía y lo sufría a partes iguales—. Tobías no es cómo vosotras pensáis, no es buena persona.

Las cinco amigas se asombraron tras oír a mi madre. Ella necesitaba sincerarse, aunque debía ser cautelosa para que mi padre no notara la revelación. Entre sorbos de café y el placer de degustar pastas de crema, ensaimadas y cruasanes, las amigas estaban expectantes y sus gestos denotaban diferentes sensaciones: desde la desconfianza hasta el odio más profundo.

—Nuestro día a día es una lucha constante: malas caras, discusiones y gritos —En su semblante se percibía tristeza y decepción. Mi madre era consciente de que en la mayoría de las parejas había problemas, pero los suyos eran muy graves porque los sufría en primera persona—. Tobías se levanta temprano para ir a trabajar, o al menos eso creo, y no regresa a casa hasta la noche, los viernes y el fin de semana incluso de madrugada. Es obvio que no trabaja durante todas esas horas, así pues, estoy segura de que se trae algo entre manos. Lo más probable es que sean tejemanejes que prefiero no saber, aunque me temo que su dedicación va en aumento. Pese a ser el nuestro un matrimonio sin afecto, estoy preocupada de que un día haga algo y la policía lo detenga. Diego y yo nos quedaríamos solos.

Las cinco amigas asintieron con preocupación. Al terminar la reunión, mientras regresaban a sus respectivos hogares, comentaban lo sucedido y no salían de su asombro.

Mi padre trabajaba en una fábrica textil ubicada a las afueras de Barcelona, hermosa ciudad dónde vivíamos. (Hoy día aún vivo con mi pareja e hijo). Su labor consistía en desenredar y estirar la lana ya limpia. Se notaba que no le gustaba porque sus muecas de hastío eran frecuentes, incluso sus compañeros de trabajo lo notaban a simple vista. Debido a su desinterés, que producía un bajo rendimiento de su tarea, su supervisor llegó a amonestarle en diversas ocasiones. Entonces mi padre estaba tentado de propinarle una buena paliza y dejar el trabajo, pero necesitaba el dinero y no podía permitirse el lujo de estar desempleado. Sin embargo, tuvo varios conatos de violencia durante la hora de la comida con diversos trabajadores. En el descanso se peleaba con cualquiera que se quejaba de su proceder, ese comentario era la chispa para iniciar una buena trifulca. La mayoría de las veces mi padre salía perdedor de esos enfrentamientos debido a su extrema delgadez. Siempre llegaba a casa

con un ojo morado o con algún moratón en los brazos, pero a causa de su comportamiento violento su contrincante no se iba de rositas.

Mi padre odiaba los trabajos monótonos y repetitivos. Era imposible verle cómodo en una cadena de montaje o en una tarea que dependiera de un orden establecido de antemano. Le gustaba la acción y cuánto más diferente fuese tenía más posibilidades de pasarlo bien. Por ello, cuando salía de la fábrica se encaminaba a los barrios más conflictivos de la ciudad para encontrarse con otras almas tendenciosas. Sin un interés común formaban grupos que se dedicaban a desplumar a gente de bien, a turistas o algún desgraciado como ellos que se hallaba en estado de embriaguez. Sus tácticas eran diversas. A veces se reunían en un bar a jugar al póquer tres miembros del grupo compinchado, cuyo único contrincante era el cuarto jugador, que siempre perdía el dinero y en alguna ocasión hasta el reloj. También invitaban a beber a un turista que no se enteraba de nada, y luego se mostraba dispuesto a pagar la segunda ronda. Al coger la cartera del bolsillo de su chaqueta se daba cuenta de que le habían robado, pero no podía acusar a nadie porque el grupo ya había abandonado el local. En ocasiones, cuando la Rambla estaba atestada de gente, se mezclaban entre la multitud para robar la cartera con gran maestría a algún transeúnte, que no había notado el hábil movimiento de dedos del ladrón.

Casi siempre realizaban sus actuaciones en grupo porque de ese modo podían idear un plan y lograr mayores beneficios. Cuando quedaban en el bar para beber una cerveza, una copa de vino o un güisqui, conversaban entre risas sobre el mejor método de robo.

—¡Maravilloso! ¡Qué buena racha llevamos últimamente! —dijo Braulio mientras bebía un sorbo de güisqui de su vaso. Era su bebida preferida y la tomaba en cualquier momento. Su cuerpo estaba tan acostumbrado a su ingesta que ya no se emborrachaba.

En las últimas semanas la pandilla había logrado sustraer a sus víctimas una gran cantidad de carteras, relojes, anillos y pulseras, que con otros objetos de valor formaban un considerable botín. Gracias a sus contactos e intermediarios podían venderlo en el mercado negro sin demasiadas complicaciones, aunque casi siempre se apropiaban de alguna pieza para deleite personal.

—Es demasiado bueno para ser real —Faustino se pellizcaba, entre las risas de sus compinches, para averiguar si el presente momento no era un sueño—. ¡Cuándo nuestras víctimas se percatan del robo nosotros ya estamos lejos! ¡Pobres desgraciados!

—Sí, pero nos lleva varias semanas lograr un saqueo de esta magnitud. Deberíamos cambiar nuestro proceder e ir dónde se halla la multitud —Las palabras de mi padre delataban su conocida ambición.

Sus mentes depravadas de bajo coste trabajaban a destajo. Se imaginaban a sus víctimas con el rostro incrédulo y desesperadas por haber sido burladas. A los compañeros de mi padre les agradaba llevar a cabo sus fechorías en lugares tranquilos, con poca gente. De ese modo tenían más tiempo

para engatusar al desgraciado de turno, aunque el riesgo de ser reconocidos y luego denunciados era mayor. No obstante, mi padre prefería zonas bulliciosas dónde la multitud se aglomeraba casi sin poder avanzar.

—¡Vamos Tobías, no nos amargues la celebración! —Néstor conocía muy bien sus ansias de enriquecerse lo más rápido posible—. Al margen de nuestros trabajos oficiales, cada quince días obtenemos entre todos una buena tajada que nos sirve para tener una vida mejor.

—Sí, hasta que nos pillen y nos metan en prisión.

Durante un breve espacio de tiempo surgió el silencio. Todos los presentes imaginaban la escena, sus rostros serios denotaban un ligero temor.

—¡Braulio, hablas más de la cuenta y eso te perderá! —A Faustino no le había hecho ninguna gracia verse en el interior de una celda—. ¡Cállate un rato y sigue con el güisqui!

—Insisto, debemos ir a dónde está la gente con la idea de lograr más víctimas en un día. Además, estoy convencido de que para obtener mayores ingresos debemos trabajar por separado, aunque sea de forma puntual.

Mi padre tenía una obsesión enfermiza con rozarse con el cuerpo de su víctima en el momento de actuar, sentía un placer en su inmediata desesperación. En muchas ocasiones realizaba sus travesuras delictivas en solitario para sacar mayor provecho de las ganancias obtenidas, de ese modo no tenía que repartirlas con el resto del grupo. El lado negativo de su elección consistía en la posibilidad de ser detenido, porque en ese caso no había nadie para echarle un capote. Solo tenía dos caminos: podía huir, pero entre tanta gente no era fácil, o entonces dejar que se lo llevaran a comisaría para rendir cuentas.

Un día —yo tendría seis años— mi padre salió antes de trabajar aprovechando que su jefe estaba de baja, y los supervisores de otras áreas no estaban al día de su reputación. Sus compañeros de trabajo permanecieron estupefactos cuando le vieron dejar la lana y partir antes de hora, sus rostros serios eran fiel reflejo de su enfado. Sin ninguna distracción mi padre se encaminó a las Ramblas, en particular a la zona cercana al monumento de Colón. No podía avanzar sin tropezarse con alguien conocido. Entre el gentío se adivinaban quienes realizaban la picaresca como él, aunque se respetaban mutuamente pese a ser de bandas rivales. Se observaban a la hora de actuar por si necesitaban ayuda, pero hasta la fecha nunca se había dado el caso. Mi padre seguía su propia táctica: en primer lugar, paseaba por la zona para darse cuenta del percal. En segundo lugar, se acercaba con sigilo por detrás y después de un movimiento de dedos, casi invisible, lograba apoderarse de la cartera. Por último, se difuminaba entre los viandantes en busca de una nueva víctima. Sus beneficiados eran hombres porque le era más fácil salir victorioso de sus hurtos, ya que generalmente los asaltados guardaban su cartera en el bolsillo interior de la americana o en el bolsillo trasero del pantalón.

Mi padre llevaba un par de horas haciendo de las suyas —con tres carteras ajenas en su poder— cuando vio a una mujer que destacaba por su elegancia. Entonces, mi padre cambió su criterio porque creyó que ella era una buena víctima. Cavilaba que dentro de su billetero habría una buena suma de dinero. La labor era más difícil, pues era indispensable abrir el bolso y meter la mano en busca del monedero. En ese momento, la mujer podría reparar en su acción y actuar en consecuencia. Aun sabiendo que el riesgo era real, mi padre no quiso desaprovechar la ocasión de llevarse una buena tajada. Con precaución se acercó a la mujer —cabello oscuro ondulado, sombrero y gafas de sol, vestido elegante y un bolso de marca— y la miró con disimulo.

A continuación, retrocedió unos metros para respirar hondo e iniciar el silencioso ataque. «Es la mía» pensó. Seguía a la mujer sin perderla de vista y lentamente se aproximaba a su posición. La gente de alrededor se hallaba distraída conversando en grupo o admirando los majestuosos edificios ubicados al final del paseo. Esa falta de interés ajeno jugaba a favor de mi padre, pues gracias a su habilidad ya había abierto el bolso y metía la mano en su interior. Sin embargo, en ese momento llegaron a un semáforo situado al final de la Rambla. La mujer se paró en seco y mi padre no pudo evitar chocar con su víctima. Entonces, ella supo lo que sucedía y gritó. Su alterada respuesta hizo que unos policías de paisano se acercaran con premura y cogieran a mi padre *in fraganti*. Le llevaron a comisaría con el propósito de abrirle expediente y dejarle entre rejas un par de días. Era la primera vez —no sería la última— que le detenían, y por ese motivo los agentes no eran conscientes de su extensa trayectoria delictiva. Sí vieron las tres carteras sustraídas de sus otras víctimas pero, a pesar de la denuncia de la mujer, en esa ocasión creyeron que no era necesario abrir diligencias.

Aunque esa detención significaba el conocimiento de la policía de su existencia malhechora, en el interior de la celda mi padre se hallaba tranquilo. No parecía desagradarle el reducido habitáculo privado de libertad. Quizá pensaba que estaría mejor allí que junto a una familia que no amaba. Cuando regresó a casa dos días más tarde no dio ninguna explicación al respecto. Mi madre no tenía el más mínimo interés en interrogarle, pero su preocupación era manifiesta, sobre todo por mí. Se daba cuenta de que nuestra familia era atípica, salía de la normalidad y la felicidad no entraba en casa. A mis seis años empezaba a saber por mí mismo que había algo que no encajaba. Además, sin saberlo, en mi interior nacía un pequeño monstruo que se apoderaba de mí a medida que transcurrían los días. Un ogro que se mantenía oculto a la espera de presentarse en el momento oportuno para hacer el mayor daño posible.

Transcurridos cuatro meses desde el episodio de la primera detención, mi padre me cogió del brazo y me obligó a acompañarle. Mi madre estaba totalmente en contra. Intuía que él pretendía iniciarme en el camino delictivo, sobre todo por dos motivos: el primero residía en obtener pingües beneficios si la familia colaboraba unida. El segundo se entendía por la pena que podía dar un niño de seis años. Mi posible participación facilitaba una mayor distracción y vulnerabilidad en las víctimas potenciales.



Mi madre y yo empezamos a sentir temor después de saber que las ausencias de mi padre en el trabajo eran considerables. Al final, una vecina nos confesó que le habían despedido. Mi madre no había reparado en ello porque él regresaba al hogar a la hora de costumbre. Pero a partir de ese momento se reunía con mayor asiduidad con sus compañeros de correrías en algún bar de mala reputación. Al llegar a casa esa jornada mis padres se enzarzaron en una discusión.

—¿Qué haces? ¡Suéltale, Tobías! —Mi madre se dio cuenta de sus intenciones.

—¡No Rocío! ¡Ya es hora de que haga algo útil! —Estaba furioso por la intromisión.

—¡No voy a permitir que conviertas a nuestro hijo en un delincuente! ¡Si no quieres cambiar de vida allá tú con las consecuencias, pero Diego se queda en casa!

—¡No me contradigas Rocío, o no respondo de mis actos!

La conversación aumentaba en violencia verbal. Pese a que mi padre me sujetaba logré soltarme, asustado me dirigí llorando a mi habitación. Dejé la puerta entreabierta porque estaba preocupado por mi madre. Entonces vi cómo mi padre alzaba la mano con la intención de abofetearla, pero se contuvo.

Tras la rabia contenida, no me quedó más remedio que acompañar a mi padre al barrio de la Barceloneta para ayudarlo en sus hurtos en calidad de cebo. A él le gustaba más las Ramblas, aunque a raíz del incidente con la hermosa mujer decidió actuar en otros sitios de la ciudad. Aunque hubiese menos gente eran zonas más accesibles para sus fechorías. Cuando llegamos al barrio iniciamos el recorrido por sus calles: la de la Sal, del Baluard, de Vinaròs, de Sevilla... Mi padre se acercaba a los turistas que se dirigían a la playa para explicarles anécdotas —reales o inventadas— sobre el barrio, mientras les sustraía con maestría la cartera en medio de falsos halagos. Se colocaba detrás o al lado de sus víctimas, les ponía la mano sobre el hombro para ganarse su confianza y con la otra les sustraía todo lo que estaba a su alcance. Yo servía de distracción con preguntas y gestos infantiles que todos adoraban sin saber que se trataba de un señuelo.

Más tarde nos detuvimos en la plaza del Poeta Bosca. Mi padre me situó en el centro y la gente empezó a agolparse alrededor, a la espera de que me pusiera a cantar o a bailar. A veces colocaba una gorra en el suelo para que me lanzaran monedas, mientras él hacía de las suyas. Tras sus fechorías, al llegar a casa mi padre mostraba una actitud triunfal. Estaba muy satisfecho por haber obtenido todos esos billetes y monedas. No obstante, al ver la reprobación de sus actos en el rostro de su esposa, se convertía en un ser impulsivo. Yo entraba llorando y solo quería el consuelo de mi madre. Después de unas caricias, unos besos y unos abrazos me sentía mejor, con la esperanza de no volver a salir con él.

Mientras mi padre tuvo trabajo regresaba a casa de noche después de realizar algunos hurtos, pero desde que fuera despedido volvía completamente ebrio pasadas las tres de la madrugada. Mi madre y yo hacía horas que dormíamos, pero siempre nos despertaba el ruido que provocaba la llave en el cerrojo, además de sus monólogos sin sentido provocados por el alcohol. Aunque estábamos

despiertos, cerrábamos los ojos por temor a posibles reprimendas. Ella ya había sufrido varios episodios violentos, el miedo se había impregnado en su rostro y en su conducta. Mi padre quedaba con su banda en un bar y se gastaban parte de lo sustraído en rondas de cerveza. Cuando el beneficio había sido sustancial solicitaban al camarero sendos vasos de güisqui que bebían de un solo trago. De regreso a sus respectivos hogares lanzaban improperios a causa de su estado de embriaguez. Los pocos transeúntes que se cruzaban en su camino eran testigos y víctimas de sus puñetazos, patadas y sobre todo de sus risas sarcásticas. Algunos vecinos les arrojaban cubos de agua desde el balcón porque les era imposible conciliar el sueño. Ya en casa, mi padre se metía en la cama —a veces en el sofá— y se quedaba vencido por el sueño.

Sin embargo, esa noche todavía le quedaban energías y no tenía intención de dormirse. Entonces se dirigió al mueble bar y se sirvió un vaso doble de güisqui sin hielo, lo miró con deleite y lo saboreó durante unos minutos. Dispuesto a tumbarse en el sofá, cambió de idea y entró en la habitación de matrimonio con la intención de despertar a mi madre. Ella intentaba zafarse de él porque percibía su idea de practicar sexo a la fuerza. Amor no había, pero al menos quedaba el respeto en ese tipo de actividad. Esa vez no. Sin pedirle permiso le rasgó el camisón y la empezó a besar y acariciar. Mi madre sentía su asqueroso aliento en la cara, las lágrimas aparecieron en sus mejillas.

A continuación, ocurrió algo que nunca olvidaría: él la agarró con una mano y con la otra empezó a abofetearla. A causa de la fuerza de los golpes, sus mejillas se pusieron rosadas. (Hoy día aún oigo sus gritos). Pese a mi corta edad yo era consciente de la existencia de los malos tratos, pero hasta ese momento nunca había sido testigo. Debido al alboroto salí de mi cuarto y miré por la cerradura de la habitación conyugal. Mientras oía los golpes me ponía más nervioso y lloraba a lágrima viva. Abrí un poco la puerta, pero mi padre me vio y me fulminó con la mirada. Con premura regresé a mi cama y me escondí debajo de las sábanas. Más tarde noté que él entraba en mi cuarto. Yo tenía tanto miedo que no me atreví a asomar la cabeza. Él permaneció de pie y en actitud desafiante. En mi interior el monstruo seguía creciendo.